



El próximo mes de febrero se celebrará en Bruselas un Consejo Europeo centrado específica y únicamente en la Industria. Por primera vez, la actividad industrial se analizará como el eje central sobre el que deben girar todas las demás y no al revés como hasta ahora ha venido ocurriendo, con malos resultados en términos de competitividad, en los mercados globales.

El objetivo último del Consejo es sentar las bases que permitan que la industria europea represente el 20 por ciento del PIB en 2020, cuando actualmente ese peso se sitúa en el 15,6 por ciento, e iniciar una nueva revolución que conduzca a la reindustrialización de Europa.

La Industria, que es la actividad que ha permitido resistir mejor los embates de la crisis a los países en cuyo PIB tiene más peso el sector manufacturero, estará por primera vez en el centro de la acción política de un Consejo Europeo. Esos países con mayor grado de industrialización basan su riqueza en la producción y son menos permeables a la especulación, financiera o inmobiliaria, lo que les hace más resistentes a los efectos de las crisis.

El hecho de que fructifique en un Consejo el objetivo de debatir sobre cómo conseguir que la Industria vuelva a ser en Europa un 20 por ciento del PIB en 2020, es ya en sí mismo un logro que ha de traducirse en programas de innovación, de formación, de internacionalización, medioambientales, de energía, para pymes, en instrumentos de apoyo y en un mejor acceso a la financiación.

Este desusado protagonismo industrial en la agenda política europea tiene su origen en la publicación, en octubre de 2012, de una comunicación de la Comisión para la revisión de la política industrial europea y en la consulta pública a la que dio origen.

La Comisión se plantea desde entonces devolver el protagonismo industrial a Europa para invertir la actual tendencia de la Industria hacia una menor relevancia frente a otras áreas geográficas, y para recuperar un crecimiento sostenible y crear empleo de alto valor como la mejor respuesta a los problemas económicos y sociales a los que se enfrenta Europa.

La situación exige actuar de inmediato en torno a una serie de medidas prioritarias propuestas por la Comisión para fomentar la inversión en nuevas tecnologías, mejorar el entorno empresarial, el acceso a los mercados y a la financiación, especialmente en el caso de las pymes, y garantizar que las competencias profesionales satisfagan las necesidades de la Industria.

Europa sigue liderando hoy numerosos sectores estratégicos, como los de la automoción, la ingeniería, la aeronáutica, el transporte ferroviario, el espacio, o los productos químicos y farmacéuticos. La Industria sigue representando el 80 por ciento de las exportaciones europeas y el mismo porcentaje de la inversión en investigación y desarrollo del sector privado procede de la industria manufacturera.

Sobre esa sólida base, es necesario recuperar la confianza y con ella la inversión industrial que en los últimos años ha buscado entornos más amigables en otras regiones del mundo con el consiguiente deterioro, no solo para la propia Industria, sino para el conjunto de las economías europeas que no han sabido, o querido, poner en la primera línea de sus políticas, la política industrial.

Los últimos años de fuerte crisis económica han sido años de deslocalización industrial en Europa. Como causa o como efecto de la crisis, es un hecho que la actividad industrial ha retrocedido en la Unión Europea y que ello ha supuesto menor crecimiento, menos empleo para el conjunto del continente, y una mayor brecha de competitividad entre estados miembros y las regiones.

Pero la Industria, que ha sido la base sobre la que se han construido el bienestar y la protección social en Europa, todavía tiene recorrido para generar crecimiento y crear empleo, si se sientan las bases para una reindustrialización sostenible. Fomentar la creación de empresas, generar las inversiones que se necesitan en nuevas tecnologías y restaurar la confianza, puede hacer regresar la Industria a Europa.

La industria europea se enfrenta, en el fondo, a un problema que, por más que el lenguaje burocrático trate de oscurecerlo y envolverlo en perífrasis, eufemismos y términos políticamente correctos e inocuos, se reduce sencillamente a la pérdida de competitividad.

Y esa pérdida evidente de competitividad frente a áreas económicas emergentes tiene sus causas en la baja productividad, el exceso de regulación, la falta de innovación, el poco favorable clima empresarial, el estancamiento de las infraestructuras y las dificultades en financiación e inversión. En el deterioro de

ninguna de esas variables la responsabilidad única es de la propia Industria e incluso en más de uno el origen está en ámbitos totalmente ajenos a ella.

Es cierto que la incertidumbre de los mercados, los problemas de financiación, la falta de demanda y carencias en materia de competencias han generado una falta de confianza que, a su vez, ha provocado una caída de la inversión y pérdida de empleos industriales. Pero no lo es menos que decisiones políticas y sobrerregulaciones han contribuido a hacer menos atractiva la actividad industrial en Europa y a desviarla hacia otras regiones.

Para que el interés de la Industria por Europa renazca, para que las inversiones vuelvan a los niveles anteriores a la crisis, es necesario innovar, centrándose en nichos de investigación y desarrollo de futuro como las tecnologías avanzadas de fabricación que permitan una producción limpia, políticas industriales sostenibles, construcción y materias primas, vehículos limpios, mercados de productos biológicos, tecnologías facilitadoras esenciales y redes inteligentes.

Pero los problemas también están en el funcionamiento de los mercados, interior y exterior, que necesitan mejoras y, en buena medida, normas que, al menos, no dificulten a las empresas europeas competir con las exteriores, incluso en la propia Europa. Proteger la propiedad intelectual, exigir tanto a los productos importados como a los europeos en materia medioambiental o de protección de la salud o fomentar la internacionalización de las pymes, serían líneas de actuación eficaces.

Además de todo ello la Industria, y especialmente las pymes, necesitan un mejor acceso a la financiación. El dinero ha de llegar a la economía real y para ello han de movilizarse todo tipo de recursos públicos, incluidos los de los Fondos Estructurales y los del Banco Europeo de Inversiones, y privados, eliminando los obstáculos con que todavía se topan los fondos de capital de riesgo y facilitando las operaciones transfronterizas de las empresas más pequeñas.

Pero por encima de la innovación, los mercados y la financiación, la industria europea se ha basado siempre en un capital humano formado y competente. Los empleos industriales, los más sólidos y mejor remunerados, han crecido siempre sobre la formación y ahora también en su capacidad de adaptación y de transformación para anticipar los cambios y las competencias necesarias para evitar los desajustes entre la demanda y la oferta laboral.

La industria europea se enfrenta a los mayores retos de las últimas décadas, como consecuencia de la crisis económica actual y sobre todo de su propia crisis de competitividad, con componentes intrínsecos e inducidos.

De las medidas que se tomen para superar ambas crisis dependerá, en gran medida, la recuperación a corto y medio plazo del conjunto de la economía de Europa y, sobre todo, la solidez y la sostenibilidad del bienestar del continente. Porque sin Industria, una economía pierde capacidad de innovación y de creación de empleos de calidad.

***Reindustrialización: la nueva
revolución económica europea***